

UNA FESTIVIDAD RELIGIOSA EN HUAUCHINANGO, PUEBLA

La Feria de las Flores, como es conocida en la actualidad, forma parte de la tradición en Huauchinango, Puebla. Se lleva a cabo del segundo viernes al tercer domingo de Cuaresma. Originalmente se trató de una festividad religiosa dedicada a la veneración de una escultura de Jesús muerto. La pieza mide aproximadamente 1 metro 70 cm., está finamente acabada, y representa de una manera realista a un Jesús que ha muerto tras haber sufrido la flagelación, el *via crucis* y la insolación. La advocación oficial de la escultura es *El Señor en su Santo Entierro*, pero la generalidad se refiere a ella como *Santo Entierro* o *Santo Entierrito*. Una leyenda respecto a su origen ha venido a llenar el vacío de información que dejó uno de los tres incendios sufridos en el templo, y que alcanzó al archivo parroquial.

La festividad religiosa data de 1923, quince años después la celebración incluyó una exposición de flores de azalea. De allí nació el nombre actual. En un principio la feria tenía lugar en lo que fuera el atrio, pero el incendio de 1946, que destruyó la techumbre y los altares del templo, llevó a la construcción de una monumental cúpula. Esto desplazó la festividad al Jardín Central, frente a la Presidencia Municipal.

Ahí se siguió practicando hasta que, a principios de los 80s, se trasladó a un recinto ferial en las afueras de la ciudad.

Mientras tanto, la festividad religiosa siguió realizándose y creció. Además de los desfiles de carros alegóricos durante las mañanas y de las celebraciones eucarísticas, están las procesiones, en las que participan miles de feligreses. Empiezan el viernes y culminan el domingo, diez días después. La procesión que menos gente reúne es la del último domingo. La más concurrida es la del segundo viernes de feria, cuando la imagen visita la calle que es entrada al antiguo Panteón Municipal. En ese espacio se elabora una alfombra con aserrín coloreado y flores.

Durante las procesiones la urna de madera y cristal en que se porta la escultura recorre los cinco sectores parroquiales, que de alguna manera corresponden a los cinco barrios en que se dividía la ciudad cuando la tradición inició. Junto con la expansión de la mancha urbana y los cambios en la fisonomía local, los recorridos se han hecho más extensos.

Cuando la "Taumaturga imagen" –como era anunciada hace unos 30 años– sale en procesión, se lanzan cohetes y cada noche se quema un castillo. Los gastos corren

cada día por cuenta de gremios diferentes, desde los comerciantes y los choferes, hasta los boleros. En su recorrido la urna visita altares que se hacen en las casas. Cada barrio y los sectores correspondientes son adornados con tiras de papel y de plástico de colores diversos.

De unos 15 años a la fecha en ciertos barrios preparan comida y bebida para los peregrinos: café, atole, agua de sabores, tamales, molletes, pan de dulce. Algunas veces estos obsequios son disfrutados por familias generalmente menesterosas o muy pobres, aunque no faltan los abusivos.

No hay una clase social que asista en exclusiva, aunque es mayoritaria la población de escasos recursos. Al frente de la procesión van los coheteros, luego la banda de aliento, a continuación las danzas, dos o tres; luego quienes llegaron más temprano, la imagen, y los que van detrás.

EN UNA NOCHE DE FERIA...

El calor sofocante, que cubre los ojos y la cara toda de un vaporcillo que adormece, aplasta. Extraño en un febrero de Huauchinango. En las calles hay telarañas. Maraños de hilos. Son muchas. Se quedarán ahí, a la espera de que el aire, el sol y el polvo las destejan y deshilen. El santo ya pasó; los hilos ahí quedan obsesivos, saliendo de los techos, y brotando de los postes. Ahí permanecerán, en lo alto, perdiendo su brillo hasta que se conviertan en harapos de la calle y en basura.

Abriéndose paso iban coches con luces y sirenas. Luego fue el turno de los coheteros, despegando con siseos y silbidos, para después estallar en un aire ausente de humedad. Tras las nubes de humo y olor a pólvora iban las dos danzas. Una de mu-

jerer, con blusas bordadas y cubetas de plástico de donde sacaban pétalos de flores que lanzaban a los costados y desperdigaban por el pavimento para que pasara el santo. Otra era de hombres con penachos de papel, el rostro cubierto por una tela negra con dos orificios para los ojos, la blusa y el pantalón de colores chillantes. Con un paso triste, repetido y melancólico que hacía sonar cascabeles. Caminaban y danzaban frente a la imagen haciendo un surco de silencio entre el humo de la pólvora quemada.

La banda de alientos toca la canción del Santo Entierro. Pasa el santo, pasan las mujeres y los hombres con sus cirios encendidos. Rodeando la urna, los peregrinos cantan "Perdón oh Dios mío". Una voz, por altoparlante da instrucciones para el rezo. Quienes van después entonan "La Guadalupeana". Los que se quedan en medio avanzan más rápido y cantan el perdón, o se atrasan un poquito y cantan a la virgen. Casi al final van quienes ya se cansaron. Aquellos que acompañan a la imagen con sus chismes, chistes, quejas y maledicciones. Junto con ellos otros que no cantan, no hablan, no rezan, sólo caminan acompañando a la imagen. En las banquetas hay hojas de tamal, vasos de plástico o de unicel, flores perdidas de un ramo, envolturas de dulces y galletas. Todavía huele a incienso, a pabilos encendidos y a sudores, a flatulencias, a cera derritiéndose y a flores.

En algunas bocacalles se asoma el sonido de la otra feria. Inquietante, incitadora música grupera, vendedores de cobijas y trastes, anuncios de sucesos asombrosos, seres misteriosos y sirenas. Sonidos que se entremezclan y revuelven. Los peregrinos no los atienden, pero hay quienes ceden al embrujo que atrae pensamientos y doblega voluntades; no obstante, avanzan con

la imagen. Adelante, atrás, o a los lados de ella. Algunos se desprenden del racimo en una tienda, o en la calle que está rumbo a su casa. Los que pararon en la tienda se reintegran a la marcha. Toman de nuevo el ritmo de los pasos, del canto, o de la plática interrumpida. Los que enfilaron hacia sus casas se pierden en la negrura de la noche. Oscuridad intermitente suspendida por lámparas en postes y por focos sobre puertas o ventanas.

A lo lejos hay cantos rezagados, coros extraviados que empiezan a destiempo y en tonalidades diferentes. Detrás de todos, anunciando sólo con su presencia un producto de escasa venta, empuja su carrito de una rueda el último vendedor de nieves y de helados. Otra noche de feria en Huauchinango ha llegado a su fin■

Víctor Florencio Ramírez Hernández
Profesor CBTIS 86, Huauchinango, Puebla